

GONZALO ANDRÉS GARCÍA FERNÁNDEZ

EN BUSCA DEL OBJETO DE ESTUDIO

**Cómo elaborar una investigación
académica en ciencias sociales
y humanidades**

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2024

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PRÓLOGO, <i>por Pedro Pérez Herrero</i>	11
PRÓLOGO, <i>por Óscar Álvarez Gila</i>	15
INTRODUCCIÓN	19
1. Qué significa investigar	19
2. La necesidad de este libro	21
3. Los problemas de investigar en el siglo XXI.....	26
QUÉ SE QUIERE INVESTIGAR	31
1. Definir un problema.....	33
2. Plantear un objeto de estudio.....	35
POR QUÉ SE REALIZA UNA INVESTIGACIÓN	45
1. Precisar el estado de la cuestión.....	48
EL MARCO TEÓRICO	53
1. Problemas en el marco teórico	60
PARA QUÉ SE EMPRENDE UNA INVESTIGACIÓN	63
1. Preguntas de investigación	64
2. Elaboración de una hipótesis.....	70
OBJETIVOS Y ENFOQUES DE INVESTIGACIÓN	77
1. Definición de los objetivos	77
2. Selección del enfoque de investigación.....	81

	<u>Pág.</u>
FUENTES, ANÁLISIS Y METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN.....	89
1. Las fuentes primarias	89
2. Interrogar a las fuentes.....	92
2.1. Interpretación e identificación de resultados.....	93
2.2. Discusión del tema de estudio	96
3. Metodología de una investigación	97
PRESENTAR UNA CONCLUSIÓN.....	103
1. Comprobar si se han cumplido los objetivos de la investigación.....	103
2. Identificar las ideas principales.....	106
REDACCIÓN DEL TEXTO FINAL	111
1. Estructura de la redacción.....	111
2. Bibliografía, referencias y estilos	115
CÓMO SE DEBE PRESENTAR LA INVESTIGACIÓN.....	119
1. Estética y pulcritud.....	119
2. El arte de saber exponer.....	121
2.1. Congresos, Simposios, Coloquios, Jornadas, Conferencias, Seminarios o Conversatorios.....	122
2.2. Las defensas de las tesis.....	124
2.3. Labor de divulgación.....	127
CONCLUSIONES.....	129
BIBLIOGRAFÍA	133
Webgrafía.....	135

PRÓLOGO

A diario, muchos de los profesores universitarios que trabajamos en las áreas de conocimientos de las ciencias sociales y las humanidades constatamos que muchos de los estudiantes no tienen la necesaria preparación teórica y metodológica para iniciar sus trabajos de investigación. Por lo general, no saben formular preguntas científicas, elaborar hipótesis, seleccionar variables, escoger la metodología correcta, ni identificar qué técnicas de investigación deben aplicar en sus trabajos. Algunos tienen problemas en expresar por escrito sus ideas y exponerlas oralmente. Recientemente, se ha añadido el problema de que bastantes estudiantes han caído en la trampa de creer que los textos que encuentran en las plataformas como el ChatGPT o similares contienen razonamientos científicos inteligentes, cuando en realidad son solo, de momento, el resultado de un rápido corta y pega de la inmensa información que se encuentra en la nube.

Existe un consenso generalizado en reconocer que el trabajo de investigación requiere de una fuerte preparación teórica y metodológica, pero a menudo se olvida que además hay que proceder a la publicación y difusión de los resultados. Investigar y dar a conocer de forma ágil y clara las conclusiones de la investigación son tareas distintas que requieren de habilidades diferentes. Hay investigadores de reconocido prestigio internacional que no comunican bien por no tener la preparación adecuada y excelentes comunicadores que, al no tener la preparación teórica necesaria, comenten errores.

En ciencias sociales y humanidades, las labores de investigación y de exposición de los resultados se complican, con respecto al resto de las áreas de conocimiento, debido a varias circunstancias. El primer problema que se presenta es que, por lo general, no se distingue bien la diferencia que existe entre un texto de historia, sociología o economía escrito por un ciudadano/a sin formación teórica y otro elaborado por un profesional sobre la misma temática. No se pone en duda de que todos tengamos la libertad de escribir lo que queramos y publicarlo en el medio que seamos capaces de hacerlo, pero ello no supone que nos convirtamos automáticamente en expertos en la materia. A diario, leemos artículos de prensa, ensayos publicados en revistas presuntamente especializadas y libros editados por sellos editoriales de aparente prestigio sobre temas de historia, economía, sociología, política, o relaciones internacionales que tienen un estilo fluido, pero carecen de la estructura argumental y expositiva de un texto académico.

En el caso de la historia, se ha generalizado una confusión derivada del entendimiento erróneo que muchos ciudadanos tienen sobre el oficio del historiador. Algunos escriben, lícitamente por supuesto, sobre los temas del pasado que les interesa pensando que la historia es un simple relato. Piensan que como la historia es una narración, solo hay que saber escribir bien. Enumerar los hechos del pasado, describir costumbres de otros pueblos o tiempos, o reconstruir batallas y relatar los pactos o alianzas que se hicieron para alcanzar la paz está bien, es útil y entretenido, pero difiere del quehacer habitual de los historiadores profesionales. El historiador parte de unos presupuestos teóricos concretos y trabaja con una metodología precisa. Inicia su trabajo formulando una pregunta general, construye una hipótesis en función de unos presupuestos teóricos, selecciona variables explicativas, reúne información en una base de datos lo más amplia posible para contrastar la veracidad de los datos, selecciona una metodología de análisis y aplica las técnicas de investigación más acordes al caso de estudio. Al final del proceso, extrae las conclusiones y redacta un informe final. El historiador explica por qué sucedieron y qué consecuencias tuvieron los hechos que analiza, distinguiendo entre las variables de corto, medio y largo plazo. Paralelamente, estudia las interpretaciones que dieron otros historiadores para poder clarificar qué añade de nuevo su investigación al conocimiento del pasado. Los economistas, politólogos, sociólogos o expertos en relaciones internacionales trabajan de forma bastante similar.

Estas disonancias que se pueden encontrar entre un texto elaborado por un profesional y otro escrito por un novel no suelen darse con tanta regularidad en otras disciplinas como la química, la física, las matemáticas, la informática, o la medicina, debido a que en dichos campos de conocimiento se utilizan lenguajes específicos claros que solo los profesionales iniciados en la materia manejan correctamente.

El segundo problema radica en los conceptos manejados. En las ciencias sociales y humanidades los investigadores suelen utilizar conceptos con significados a menudo polivalentes. Por democracia, república, revolución, rebelión, guerra, orden, seguridad, igualdad, solidaridad, justicia, libertad, paz, estado, nación, ciudadanía, gobierno, o pueblo existen interpretaciones diferentes que cada investigador utiliza en función de sus percepciones y de la información que maneja. Por el contrario, en matemáticas un número primo es un número primo. En química no se discute que la molécula de O_2 está conformada por dos átomos de oxígeno unidas por un enlace doble, que las moléculas de O_2 son paramagnéticas y que se comportan como imanes en presencia de un campo magnético externo y que su masa atómica es de 15,9994 g/mol y su densidad de 1 429 g/ml. En física la masa es la magnitud que expresa la cantidad de materia de un cuerpo, medida por la inercia de este y cuya unidad en el sistema internacional es el kilogramo. En arquitectura la capacidad de carga se refiere a la cantidad máxima de peso que una viga puede soportar sin sufrir deformaciones permanentes o fracturas. En medicina la fiebre amarilla es una enfermedad vírica aguda, hemorrágica, transmitida por mosquitos infectados, cuyos síntomas son fiebre, cefaleas, ictericia, dolores musculares, náuseas, vómitos y cansancio.

La utilización de conceptos unívocos en ciencia frente a los polisémicos de las ciencias sociales y las humanidades se suele traducir a menudo en equivocaciones interpretativas al utilizarse términos aparentemente iguales. Prueba de ellos es que existen innumerables artículos y libros que discuten qué es la democracia, la nación, el estado, el crecimiento económico, el desarrollo, la revolución, la gobernanza, o la desafección política. Comparativamente, no existen muchos escritos que discutan qué es un número primo, el valor del oxígeno, o los conceptos de masa o infección.

Es evidente, por tanto, que los investigadores en ciencias sociales y humanidades deben hacer un esfuerzo extra pues no solo tienen que conocer a la perfección las bases teóricas y metodológicas de sus disciplinas, sino además explicitar claramente los conceptos y los términos que manejan para garantizar la comprensión exacta de sus argumentos.

El tercer problema al que se enfrentan las ciencias sociales y las humanidades es que en muchas ocasiones formulan interrogantes demasiado generales como, por ejemplo, preguntarse por qué el crecimiento económico no desembocó en una mayor igualdad social, por qué surgieron las revoluciones, por qué la guerra y la violencia han pervivido a lo largo de los siglos, por qué ha aumentado la desafección política en los regímenes democráticos en las últimas décadas, o por qué la acción de un personaje histórico tuvo tanta trascendencia en un momento dado. El problema de estas preguntas es que no pueden tener una respuesta adecuada debido a que están mal formuladas. Cada época y cada lugar tienen características propias, por lo que no se puede alcanzar una respuesta general aplicable a todas las culturas, situaciones y épocas. Otras veces sucede lo contrario, pues cuando se estudian casos demasiado concretos y aislados, se selecciona una temporalidad excesivamente limitada o se analiza un solo personaje, descontextualizando todo de sus entornos geográficos, sociales, económicos, culturales y temporales, resulta imposible establecer comparaciones con otros casos de estudio. Por el contrario, un investigador del resto de las áreas de conocimiento no se plantea como finalidad de sus investigaciones erradicar las enfermedades, eliminar las tormentas, suprimir los seísmos, o anular las pandemias, sino que se pregunta por qué y cómo surgieron unos fenómenos para tratar de entender sus comportamientos y así poder combatir sus efectos. Las ciencias sociales y las humanidades deben, por tanto, clarificar bien las preguntas que formulan, así como delimitar los espacios y las temporalidades que manejan para poder establecer conclusiones interpretativas válidas.

El cuarto problema que se detecta es la forma de trabajar. En ciencias sociales y humanidades se suele investigar en solitario. El investigador formula sus hipótesis, reúne la información necesaria, elige la metodología que considera oportuna, alcanza las conclusiones y redacta el informe final casi siempre en soledad. Con una financiación mínima tiene que sufragarse todos los gastos para construir sus bases de datos y acceder a las técnicas que necesita. La mayoría de las veces solo cuenta con un ordenador personal y suele trabajar en su casa y en el mejor de los casos en un despacho en una institución universitaria, lo cual se suele traducir en una desconexión con el trabajo que están realizando sus compañeros. Internet ha ayudado en los últimos años a romper esta barrera. En cambio,

en el resto de las áreas de conocimiento las investigaciones se suelen realizar en amplios equipos internacionales coordinadas por un director/a que define con claridad el propósito de la investigación, la metodología a emplear y las fuentes a manejar. Las funciones de cada investigador del equipo están perfectamente delimitadas, se dispone de un financiamiento generoso, se establecen unos plazos de ejecución concretos para cada una de las etapas y los distintos responsables y se lleva una contabilidad precisa de los costes de ejecución de cada una de las fases y las partes de la investigación debido a que hay que dar cuenta detallada de los recursos recibidos. El proceso en su conjunto está sujeto a una evaluación final de resultados para comprobar qué ha funcionado bien o mal y cuáles han sido los costes de cada parte del proceso. La publicación de resultados la realizan especialistas y se suele establecer una diferenciación de formatos para asegurar la oportuna difusión de las conclusiones entre los especialistas, las empresas y la sociedad. Cada integrante del equipo sabe qué tiene que hacer, cómo debe ejecutarlo, qué medios posee y qué tiempo tiene que emplear para ello.

En suma, el investigador de ciencias sociales y humanidades se tiene que enfrentar a bastantes retos añadidos debido a que tiene que hacerlo en solitario y con recursos reducidos. Sigue siendo un trabajador artesanal, una especie de monje recluso en un convento. Tiene que fungir como director y coordinador de la investigación, trabajador, mozo de laboratorio, escritor, contable, informático, viajero y vendedor de su producto. Y todo ello con una financiación insuficiente.

Es evidente que para combatir todas estas dificultades y aminorar los innumerables problemas que surgen a lo largo de la investigación se requiere tener una elevada formación teórica y metodológica, además de disponer de las habilidades tecnológicas y organizativas. Se necesita establecer un plan de trabajo detallado para poder controlar cada una de las partes y etapas de la investigación y para maximizar los escasos recursos de que se dispone.

Este libro ayuda a saber cómo realizar cada etapa de la investigación, cómo definir las preguntas que se quieren responder, qué información se debe recolectar, qué metodología se debe emplear, cómo se deben organizar las distintas etapas de la investigación y cómo se deben exponer los resultados. Se trata de un texto obligatorio para todo aquel que se quiera iniciar en la investigación académica en ciencias sociales y humanidades.

Gracias, Gonzalo, por haber sabido traducir todos tus años de experiencia como investigador, profesor y tutor de investigaciones en historia, en un libro tan conciso, claro y bien estructurado.

Dr. Pedro Pérez Herrero
Universidad de Alcalá

PRÓLOGO

He de comenzar reconociendo que, cuando el autor de este libro que ahora tienes en tus manos me pidió que le hiciera un prólogo, o lo que sea en lo que acaben estos párrafos, tuve sensaciones encontradas. Por un lado, me preguntaba hasta qué punto es necesario un libro más sobre metodología de la investigación. Como bien podrá comprobarse a lo largo de las páginas iniciales de la obra, no podemos hablar precisamente de una carencia de este tipo de manuales; y el uso de «manuales» aquí no es un mero recurso estilístico, sino la mejor definición que puede aplicarse a la mayor parte de los volúmenes publicados recientemente sobre esta temática, que suelen focalizarse en los aspectos más técnicos de las herramientas con las que contamos para encarar cualquier investigación en ciencias sociales y humanas. Pero por otro lado, conociendo como conozco a Gonzalo (permítaseme usar la familiaridad del nombre propio) y sobre todo habiendo podido seguir sus trabajos previos, especialmente durante el año que pasó como investigador postdoctoral en la Universidad del País Vasco, integrado en el grupo de investigación «País Vasco, Europa y América: Vínculos y relaciones atlánticas», al que sigue perteneciendo actualmente como colaborador externo, me resultaba muy extraño que un trabajo suyo se limitara a una recopilación anodina de instrumentos y una descripción detallada de su modo de uso de cara a la investigación.

Y, efectivamente, así ha sido. No debe buscar la persona que se acerque a la lectura de este libro ninguna guía tutorial, ni un simple catálogo tecnológico de aplicaciones (sobre todo, en las últimas décadas, procedentes del mundo de la informática, desde las bases de datos a la mal llamada inteligencia artificial). Antes, al contrario: nos hallamos ante una reflexión crítica, muy personal y por lo tanto muy vinculada a la experiencia propia de quien ha tenido que acercarse a la investigación comenzando de cero, sobre lo que significa el trabajo del investigador y, sobre todo, todas aquellas preguntas que inciden, no tanto en el «qué» o el «cómo» investigar, sino en el «por qué» y «para qué».

Ciertamente, el autor no puede escaparse de unos condicionamientos básicos a la hora de estructurar su obra. No estamos ante unas reflexiones deslavazadas e inconexas, ni ante un ensayo meramente discursivo en el que se planteen y defiendan unas tesis personales sobre las coordenadas en las que se mueve, o debería moverse, la investigación en ciencias sociales y humanas. Antes, al contrario:

una mirada somera al índice nos muestra una estructuración, en cierto modo, muy clásica, que nos introduce en las diversas fases por las que inexorablemente pasa toda investigación, desde sus inicios como una serie de planteamientos preliminares, hasta su consecución en la forma doble de resultados (publicaciones) pero también de evaluación de los resultados de cara a plantear nuevos caminos de avance para futuras investigaciones. Porque, incidentalmente, aprovechamos esta ocasión para recordar que ninguna investigación, si está bien hecha, agota la temática, sino que siempre es origen para nuevas líneas de avance del conocimiento, tanto desde la crítica de sus planteamientos como desde la proyección de sus resultados. Y desde este punto de vista, la obra nos muestra también consejos e intuiciones muy prácticos que permitirán a toda aquella persona que quiera iniciarse en la investigación posicionarse en unas bases de partida que le permitan encarar adecuadamente dicha tarea tan ardua como, sin embargo, atrayente.

El hecho de que el texto se centre en las ciencias humanas y sociales es también un hecho a destacar. Ciertamente, podrá aducirse que si hago mención a este hecho es debido a nuestra dedicación compartida a ese campo del conocimiento científico centrado en el estudio del ser humano, sus realizaciones individuales y colectivas y su proyección social en el pasado, presente e incluso futuro. Pero no es solamente esto lo que me lleva a hacer tal afirmación. Quienes trabajamos en el ámbito del conocimiento sobre lo humano y lo social hace ya tiempo que parece que tenemos perdida la batalla de la opinión pública. Son muchos quienes, incluso, quieren negarnos la propia consideración de ciencia, y no me refiero solamente a esa imagen popular que hace del «científico» una persona con bata, encorvada en un laboratorio rodeado de maquinaria cara y sofisticada, produciendo trabajos plagados de lenguaje abstruso aderezados con demostraciones matemáticas aún más abstrusas. En el propio seno de las universidades en las que trabajamos, existe una tendencia a considerar como «ciencias», a secas, solamente a las antaño denominadas «ciencias naturales» o «ciencias de la naturaleza» y, si bien, quizá todavía las «ciencias sociales» merecen tal calificativo (siempre con apellido, por supuesto, para diferenciarles de las «verdaderas» ciencias), en el mundo de las humanidades parece que lo que hacemos son meramente «historias» en sus acepciones séptima, octava y novena en el diccionario de la RAE: «narraciones inventadas, mentiras, cuentos, chismes, enredos». En otras palabras, que nos dedicamos elucubraciones nada serias y sin sentido, meros ejercicios dialécticos sin consideración de conocimiento como tal. Y, como ya he apuntado, lo peor de todo es que esta mala consideración de nuestro trabajo y la falta de reconocimiento de toda categoría científica a nuestras investigaciones, sea alentada incluso desde las propias oficinas de prensa de las universidades en las que trabajamos y que deberían ser las primeras en hacer una labor didáctica de defensa y difusión de lo que se hace en el seno de sus departamentos.

Y, sin embargo, un recorrido por los foros, formales e informales, en los que se debaten cuestiones vinculadas a las ciencias en su acepción más amplia da una impresión —de forma paradójica, hemos de reconocer— notablemente diferente. Bástenos con acercarnos a los debates que se producen en los parlamentos, ya sean central o autonómicos, cada vez que el gobierno de turno quiere reformar el sistema educativo, algo que lamentablemente ocurre en muchas más ocasiones

de lo que fuera, no solo deseable, sino esperable en una sociedad madura. No veremos, en las transcripciones de los discursos, interpelaciones y réplicas prodigados por los parlamentarios, ninguna mención a la pertinencia o no de incluir el teorema de Pitágoras en el currículo de matemáticas, o la necesidad de que el alumnado conozca las líneas principales de la tabla periódica de los elementos establecida por Mendeleiev, o incluso —algo que, por desgracia, sí podría decirse en otros países occidentales— la oportunidad de presentar la teoría de la evolución de Darwin sin la introducción paralela de otras supuestas «teorías» alternativas, un modo sibilino de meter el adoctrinamiento religioso en las aulas de la mano de ignorantes que, por comenzar a demostrar su desconocimiento, son incapaces de entender que la palabra teoría, en la ciencia, no significa elucubración o hipótesis, sino que se reserva a aquellas piezas del conocimiento cuya veracidad está más asentada. Pero, claro está, no es este el sitio adecuado para dejar en evidencia las carencias intelectuales de las que suelen presumir muchos que, a nuestro pesar, ocupan escaños en los diversos ámbitos de representación de la soberanía popular. Aparte de que, a buen seguro, ya te habrá venido a la cabeza más de algún nombre que encaja con el perfil.

Sin embargo, ¿y la historia? ¿Y la(s) lengua(s)? ¿Y la cultura? Las peleas por el dominio del relato identitario tienen, en nuestros sistemas educativos, el mundo de las «humanidades» como su campo de batalla principal, si no único. Voces de todo tipo hacen cruces por reivindicar la enseñanza de la «verdadera historia», que suele coincidir con aquel relato específico del pasado, por supuesto nacional, que más conviene/agrada/interesa a quien así actúa. O, sin ir más lejos, la reciente polémica en el Congreso de los Diputados en torno a permitir (o no) el uso de las diversas lenguas oficiales españolas en su seno, que ha mostrado hasta qué punto unos aspectos que nuestros colegas «científicos» apenas miran de rondón —con honrosas excepciones, he de reconocer— y que las oficinas de transferencia de tecnología de nuestras universidades apenas consideran por no permitir la «empleabilidad de nuestros egresados» ni «adaptarse al tejido productivo», son sin embargo las que más pasiones despiertan. Tan inútiles no seremos, por lo tanto, si nuestro trabajo está sometido a un escrutinio tan riguroso por la sociedad.

Aunque, y con esto quiero terminar, no sé si la palabra «escrutinio» es la más adecuada. O, en su defecto, ese otro vocablo tan del gusto de los mal llamados «consejos sociales» de las universidades (¿por qué no llamarlos, directamente, lobbies empresariales?): «impacto». Se debate de historia, de filología, de literatura o de cultura en ámbitos políticos, en la opinión pública formalizada (lo que antaño se llamaba prensa, aunque en la sociedad actual ha adoptado otras vías y medios de difusión), o incluso en esos ámbitos informales de debate, en foros, redes sociales y todo tipo de herramienta «democrática» de difusión. Pero, lamentablemente, dichos debates muy pocas veces muestran un conocimiento de la situación real del conocimiento tal y como es generado por los investigadores, sino que suele remitirse a los mismos, y periclitados por anticuados, clichés que han rondado nuestro imaginario desde, al menos, el advenimiento de las identidades nacionales, si no antes. Aquí es preciso entonar un sentido mea culpa: mitad por dejación, mitad por incapacidad, pero sobre todo por la presión de unas agencias

(centrales y autonómicas) de investigación que desincentivan todo lo que sea no publicar un «*paper*» en un «*journal*» del cuartil «Q1» según el Scientific Journal Ranking o la Web of Science, o JCR/Scopus, por supuesto en «*English*» que tiene más «*prestige*». Con estos mimbres, la divulgación científica no solo es un tiempo usado inútilmente, sino que penaliza las evaluaciones que periódicamente sufren los investigadores (y no nos olvidemos que en esas evaluaciones se juegan la diferencia entre un salario y un salario digno). Y quizá es aquí donde entronca la frase que, a mi entender, encierra en su seno la cuestión última que debe gravitar sobre cualquier investigación: Investigar, nos dice Gonzalo, ha de tener como objetivo último «aportar algo novedoso a la comunidad científica» pero también, y no menos importante, «a la sociedad». Si los investigadores nos quedamos en nuestra torre de marfil, en el aislamiento ensimismado del orgullo vacuo de la intelectualidad mal entendida, no habremos cumplido cabalmente nuestro papel. Igual, se me ocurre, podría ser este el momento de plantear un reto a Gonzalo: más allá de la investigación en sí, ¿cómo hemos de encarar la rentabilidad social de nuestro trabajo? ¿Cómo podemos revertir a la sociedad que nos paga el conocimiento que generamos con su sostenimiento? ¿Cuál debe ser el modo en el que el científico social y humano ha de encarar cuestiones como la educación, la difusión o la divulgación? Es decir, la transferencia de conocimiento, pero sin el enfoque economicista que tanto le gusta a nuestra dirigencia política y universitaria, valga la redundancia.

Dr. Óscar ÁLVAREZ GILA
Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

1. QUÉ SIGNIFICA INVESTIGAR

Pensar una investigación académica en el ámbito de las ciencias sociales o las humanidades requiere de tiempo, dedicación y planificación. Pensar y ejecutar una investigación puede parecer lo mismo, pero lo cierto es que no lo es. Ambos escenarios están íntimamente relacionados, pero no forman parte de una misma cosa. Elaborar un proyecto de investigación, que nos muestre el problema en sí de la investigación que se pretende llevar a cabo, es la piedra angular de lo que será la investigación, pero no es necesariamente una hoja de ruta inexorable ni tampoco inamovible.

La investigación, como la vida misma, está expuesta a los imprevistos, la incertidumbre, las diversas situaciones que rodean a nuestro problema de investigación... También a nuestros propios recursos, sean estos más intelectuales (preguntas, objetivos, hipótesis, etc.) o prácticos (acceso a las fuentes, financiamiento, etc.). De esta manera, investigar es un camino por recorrer que supone algunas certezas, pero un sinfín de situaciones que muchas veces nos son difíciles de anticipar. Como veremos más adelante, muchos de los escritos sobre la investigación ponen énfasis en el proyecto mismo. Por otro lado, otros ponen más acentos sobre la cuestión práctica. Lo cierto es que investigar, sea el nivel que sea (grado, pregrado o licenciatura; máster, magister o posgrado; doctorado, postdoctorado, proyectos de investigación competitivos, etc.), requiere de una seria preparación mental que incumbe, sobre todo, pensar en las limitaciones que podría tener la investigación.

Una respuesta rápida a nuestra pregunta inicial sería que investigar significa saber crear, definir, situar y respetar ciertos límites. Evidentemente, y como veremos en este libro, emprender una investigación demanda diversos instrumentos, estrategias y atajos para lograr culminarla. Pero si gozamos de estos elementos sin saber dominar los límites de nuestra investigación es muy probable que nos consuma y que esta acabe por dominarnos a nosotros. Una de las claves más básicas a la hora de emprender una investigación es definir un buen proyecto: